

Juan Bautista Morales y

El Gallo Pitagórico

Por Andrés HENESTROSA

HACE veinte años y con motivo de un artículo que escribí para *El Nacional* sobre Antonio Plaza, hice la promesa de ocuparme alguna vez de Juan Bautista Morales, uno de nuestros clásicos olvidados. A pesar del tiempo transcurrido no puedo hasta ahora cumplir aquel compromiso, no sin verificar con tristeza que sigue siendo Morales el autor olvidado que dije y que ahora puedo decir que también desdeñado, pospuesto, suplantado por otros que no resistirán el embate de los días. En efecto, otros encuentran un lugar y un elogio en nuestras historias literarias; otros alcanzan, sin escribir nada que se pueda leer, un sitio en las academias; y los honores del aplauso irreflexivo, más hijos de los cargos y de las dignidades a que suelen llegar valiéndose del río revuelto de nuestra dispareja organización política; otros, pero no él. A duras penas, a regañadientes, a las quinientas, Jiménez Ruedas lo incluyó con una breve alusión en su *Historia de la Literatura Mexicana*. No así González Peña que se aferró en ignorarlo hasta en su última edición, de hace escasos seis años. En otro tiempo se pudo decir que hasta sus oídos no había llegado el nombre del autor; pero después de haberlo redescubierto Mauricio Magdaleno ya nadie pudo alegar que lo ignoraba. Y dejó de ser olvido la causa de tamaña mutilación de su *Historia de la Literatura Mexicana*, para convertirse en desdén, en capricho de no dar su pluma a enderezar ni su brazo a torcer, ni aceptar que sus fuentes de información no eran las escritas, sino las orales.

Sobre Juan Bautista Morales ha privado la misma manera de juzgar que sobre Fernández de Lizardi, Carlos María de Bustamante, Guillermo Prieto, padres sin embargo de nuestra mejor tradición literaria, desbaratados, incorrectos, antigramaticales como son, tan ajenos y diversos a esos otros que no se atreven a llamar a las cosas por su nombre, a ir al grano, a tomar los temas por los cuernos, y dar a la gramática su condición de instrumento para estampar ideas, y cóleras, y desahogos.

PORTADA DE la Edición Universitaria.



Estos escritores no estuvieron de rodillas frente al idioma; se atrevían a olvidar lo ya escrito, que es como decir lo ya muerto como lenguaje de los siglos pasados, a la hora de escribir. Eran, al revés de lo que comúnmente se cree, hablistas, no en el sentido de la perfección y conocimiento del habla, del idioma, del lenguaje, sino de la expresión que más se acerca al hablar que al escribir. Dicho en pocas palabras, en cuanto escritores eran hombres de su tiempo, de su ambiente y de sus circunstancias. Porque, díganme: ¿se puede ser actual si se escribe en forma arcaica? ¿Se puede ser arcaista y al mismo tiempo moderno, con todas las cosas que supone ser moderno? No, y mil veces no. A escritor arcaico corresponde siempre pensador retrógrado.

Y esto, justamente esto, es lo que hace acreedor a Juan Bautista del más negro olvido. Hombre sabio, sapientísimo, dice Prieto, su conversación era no obstante, la de un hombre vulgar, la de un carpintero; por aquel afán nunca desmentido de ser entendido de sus oyentes más que lectores, pues entre nosotros hasta el que sabe leer y escribir es frecuentemente más de tradición oral que escrita. Escribía en la redacción de los periódicos, de su periódico, del *Siglo XIX*, para unos lectores que tenían la cabeza a ras de tierra, el alma en un hilo, en espera de una pluma que se atreviera y pudiera decir aquellas cosas que ellos no podían ni se atrevían. Y eso era lo que hacía Juan Bautista Morales con su *Gallo Pitagórico*, aquel panfleto que vino a disonar en el coro que la indignidad entonó a Santa Anna. Porque este ha sido el destino de los grandes escritores que no renuncian a ser ciudadanos desde que el ejercicio de escribir existe: cuando todo un pueblo parece haber perdido la vergüenza, surge uno de ellos y la siente por todos y carga con el honor nacional hasta los límites de la muerte. Lo peor que puede pasarme, es que me vean entre cuatro velas, sobre un petate, y eso no es lo peor, vino a decir Morales. Y se metió de frente con el dictador, desafiando sus iras, ni más ni menos que lo

EL GALLO *Pitagórico* contra el de Santa Anna.



PERIODISTAS en la cuerda floja.

...UNAS PATILLAS de rato fleco.



hicieron Montalvo y Sarmiento, periodistas como él, aunque el uno sea un consumado hablista —ahora sí, como señor del habla—, y al otro le molestará el dictado.

Con Juan Bautista Morales y su panfleto, se inicia por el año de 1841 otra etapa de nuestras luchas libertarias, cuya punta apenas vamos viendo. Si un escritor ha de medirse por los resultados de sus prédicas y de sus escritos, ninguno mejor que aquél que así lo tilden de pedestre, de estilo de la canalla, logra sacudir de su marasmo y somnolencia a un pueblo arrinconado en el escepticismo y la conformidad, ninguna pluma mejor que la que blandió, con más firme puño que Santa Anna su espadón, Juan Bautista Morales; y estampó las ciento y una verdades contra el tahir, jugador de gallos, claro precursor de ese otro que a aquellas delincuencias agregaba la afición por la mariguana, y encontró, como su par, plumas que lo ensalzaran, y que ahora ocupan una silla en la Academia.

Juan Bautista Morales es uno de esos escritores que desentonan, que con sus imprudencias sacan rubor a la cara y a la pluma de los timoratos que habitan un mundo lejano de los hombres de la calle, con cuyo polvo no quieren contaminar sus creaciones; y que cuando menos se espera dicen una palabra tremenda, capaz de llevar a los atolondrados a hacer tierra, a darse cuenta que el escritor no es ese pobre ser pusilánime, sin glóbulos rojos, que cree que se degrada si da oído al latido de la tierra que lo sustenta. No. Morales era de la misma familia de Fray Servando. Su irrupción en el mundo sa-tanista, oscuro de incienso y del humo de velas de cebo se parece mucho a aquella salida de tono de Fray Servando que el señalarlo como uno de los diputados que debían asistir a la coronación de Iturbide, gritó que a los clérigos les estaba prohibido presenciar comedias. Con lo cual cada uno a su tiempo, prende la mecha contra la corrupción, el oprobio y la ignominia.

Aunque rabien los puristas, así como Juan Bautista Morales escribió es como debe escribirse en los pueblos como el nuestro, necesitado de que se le diga la verdad de su tamaño, sin veladuras, sin escamoteos. Y si el lector entiende, y se pone de pie y camina, bien hayan las plumas contrahechas, los estilos de canalla, sin afeites y sin joyas, que ya vendrá el día en que le nazcan a México los escritores que sin renunciar a la verdad y al bien, engalanan sus creaciones con los mantos de la belleza. Porque tanto como vive la palabra hermosa, vive la verdad desnuda. A más de cien años de su publicación. *El Gallo Pitagórico*, así de deturpado como ha venido siendo, no puede olvidarse a la hora de historiar el desarrollo de nuestras letras y de hacer un corte de caja de nuestra historia política. No dechado, pero por nuestro, modelo. El vino de plátano, y si amarga no importa: es nuestro vino, decía Martí, el otro periodista, si bien siempre extraordinario.

Algo ha de haber aquí de permanente para que sobre los silencios que sobre este libro, mexicano por dondequiera que se le abra, han caído, todavía se oiga el batir metálico del gallo que Juan Bautista Morales soltó contra el gallo de Santa Anna. Otros libros vinieron, alcanzaron boga efímera, volvimos los ojos y habían desaparecido. Pero éste del escritor rampión por necesidad y no por falta de pericia, sigue vivo, librando batallas como el día en que Ignacio Cumplido lo echó a la calle en 1845, espléndidamente ilustrado por Blanco, Castro y Heredia. Y aquí está su autor: viejecito, pequeñito, delgadito, finito como una dama, sin ser amanerado; moreno, calvo, chato, los ojos azules un tanto saltones; bocón y con unas patillas de ralo fleco. Véanlo: en las manos sostiene un libro de pocos hermanos: *El Gallo Pitagórico*.



LA JUSTICIA santanera.



AY, QUE SE CAE Tonchita...